

en el Santuario, apagando con su helado soplo las últimas luces de inspiración mística y tradicional.

Cimabue, Giotto, Orcagna y los Pisanos, introdujeron esta bellísima aurora del Renacimiento, donde el realismo y el espiritualismo marchan perfectamente concertados, como el alma y el cuerpo, en la mayor unidad armónica, transpirando en todas las obras nobleza y elevación; y dentro de este periodo, aparecen dos hombres cumbres, Fra Angélico de Fiesole y Rafael de Urbino, como los últimos esplendorosos astros de este cielo del arte, propendiendo el uno más al espíritu, y el otro más a la materia, pero en ambos guardan materia y espíritu perfectísima concordancia y enlace y ambos tratan, con magistral insuperable acierto, los asuntos más difíciles y profundos.

Este Renacimiento propiamente cristiano, tiene su origen, como digo, en plena Edad Media y son dos genios, los que, acaso sin pretenderlo, lo inspiran, S. Francisco de Asís y Dante Alighieri.

El primero, sublimando a la materia con su espíritu candoroso y puro, poniendo en todos los seres creados algo de su mismo corazón plétórico de vida y de poesía, hace pasar por el Universo todo un aliento de bendición y gracia, recordando

